

Jesús o Barrabás

(Marcos 15.1–20)

Joe Schubert

Habrá un día cuando compareceremos ante Jesús. Lo que Él haga con nosotros en ese momento depende de lo que nosotros hagamos con Él ahora. En Marcos 15 se recoge el momento en que Jesús compareció ante Pilato, ante Herodes, ante el pueblo y ante los romanos. ¡Considere lo que el hombre hizo con el escogido de Dios!

I. ANTE PILATO (15.1–5)

Jesús fue llevado ante Pilato, el gobernador romano de Judea. Dice Marcos:

Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices. Y los principales sacerdotes le acusaban mucho. Otra vez le preguntó Pilato, diciendo: ¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba (vers.^{os} 1–5).

El capítulo 14 nos habla de los eventos que ocurrieron la noche anterior, cuando Jesús fue traicionado, arrestado y juzgado ante el concilio judío. El asunto que juzgaban en ese momento era si a Jesús se le podía considerar el Mesías prometido. Al comienzo de Marcos 15 se narra lo sucedido al día siguiente por la mañana, cuando el concilio lleva a Jesús a comparecer ante la autoridad romana, Poncio Pilato. El asunto a juzgar ya no tiene que ver con que Jesús sea o no el Mesías prometido, sino con que sea o no el Rey de los judíos, como Él afirmaba ser.

No sabemos en qué empleó el Señor las cinco o seis horas que transcurrieron entre Su comparecencia ante el concilio y Su comparecencia ante Poncio Pilato. Tal vez tuvo tiempo de dormir después de aquella noche tan trascendental de Su

traición y arresto. Lo que sí sabemos es que muy de mañana al día siguiente fue llevado ante los sacerdotes otra vez y ante todo el concilio. En vista de que la reunión anterior había sido de noche, lo cual la volvía ilegal, el concilio tuvo que justificar sus acciones y llevar a cabo una reunión a la luz del día.

Además, el concilio no tenía potestad para llevar a cabo la pena de muerte. La sentencia de muerte tenía que ser impuesta por el gobernador romano y llevada a cabo por autoridades romanas. El concilio sabía que las acusaciones con que habían condenado a Jesús, no prosperarían ante el gobernador romano. El concilio judío había acusado a Jesús de blasfemia. La acusación de ellos era esta: «Tú afirmas ser Dios, por lo tanto, mereces morir». Pero ellos sabían que los romanos no le darían importancia a esa acusación, y que la descartarían considerando que no era más que un argumento religioso judío. Sabían que si el caso había de prosperar ante las autoridades romanas, debían dar un fundamento político a las acusaciones de ellos.

Así, dice Lucas que los judíos decidieron hacer tres distintas acusaciones en contra de Jesús. En primer lugar, lo acusaron de perturbar la paz de la nación al alentar a los agitadores e incitar disturbios y disensiones. En segundo lugar, lo acusaron de prohibirle al pueblo pagarle impuestos a César. Y por último, lo acusaron de que Él deseaba ser el rey en lugar de César.

Pilato sólo le dio importancia a esta última acusación. Cuando oyó las tres acusaciones, se centró en la última. Se volvió a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». Jesús sencillamente respondió: «Tú lo dices».

En el evangelio de Juan leemos que Jesús agregó en ese momento, lo siguiente: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este

mundo, mis seguidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí». Con estas palabras, Jesús estaba tratando de hacerle ver a Pilato que como Su monarquía no era de este mundo, ella no representaba amenaza alguna para Roma. Creo que Pilato entendió. Creo que le tranquilizó el ver que, aunque Jesús afirmaba ser el Rey de los judíos en un sentido religioso, Él no estaba fraguando un derrocamiento físico del gobierno de Roma. Creo que Pilato entendió que él no corría un peligro por el que valiera la pena preocuparse. Parece que los principales sacerdotes comenzaron a percibir que Pilato entendió que Jesús no estaba desafiando la autoridad de Roma. Marcos nos dice que los principales sacerdotes hicieron muchas otras acusaciones en contra de Jesús. Lanzaron al tribunal todas las acusaciones que pudieron imaginar y que creían que ameritarían la imposición de la pena de muerte sobre el Señor.

En un comentario muy revelador que se encuentra en el versículo 10, dice Marcos que Pilato conocía que era por envidia que los principales sacerdotes le habían traído a Jesús. Pilato no era tonto. Era un gobernador cruel y egoísta, pero no le faltaba inteligencia. Sabía lo que ellos estaban tratando de hacer. Estaban procurando que se condenara precipitadamente a Jesús. Sabía por qué lo estaban haciendo. Sencillamente tenían envidia de la posición e influencia que Jesús tenía en medio del pueblo.

La envidia es el deseo de tener algo que otro tiene. Lo que los sacerdotes deseaban era la influencia y autoridad que Jesús tenía sobre el pueblo. Una y otra vez, durante todo Su ministerio, los principales sacerdotes trataron de atrapar a Jesús en Sus propias palabras, pero no lo lograron una sola vez. Él siempre tuvo una palabra, una sencilla palabra, con la cual demolió completamente todos los planteamientos de ellos. Tal astucia y poder los ponía furiosos y envidiosos.

Ante todas las acusaciones adicionales que los principales sacerdotes le lanzaron a Jesús, dice Marcos que Jesús se mantuvo completamente en silencio. Esto maravillaba a Pilato, el gobernador, que dijo: «Jesús, ¿no vas a dar respuesta alguna? ¿Acaso no entiendes todas estas acusaciones que los judíos te están lanzando?». Como ya se dijo, el relato dice que Jesús no pronunció palabra alguna. Marcos menciona una segunda vez que Pilato se maravillaba.

¿Por qué cree usted que Cristo guardó silencio? ¿Por qué supone usted que Pilato se maravillaba de Su silencio? Jesús sabía que Pilato tenía suficiente poder y autoridad para salvarlo de la crucifixión.

En Juan 19.10–11, dice Juan que Pilato le recordó esto a Jesús cuando dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?». A esto, respondió Jesús: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene». A Pilato le sorprendió esta respuesta; sin embargo, de una cosa estaba completamente convencido: Este que estaba delante de él no era culpable de delito alguno. Por lo tanto, resolvió soltarlo. Lucas relata que en ese momento Pilato incluso les dijo a los principales sacerdotes y a la multitud lo siguiente: «Ningún delito hallo en este hombre». Pilato no era un diablo encarnado. Lo único es que era débil. Si Pilato se pudiera haber salido con la suya, bien podría haber soltado a Jesús. No hay duda de que en estos momentos Pilato estaba más del lado de Jesús que de los sacerdotes.

II. ANTE HERODES (LUCAS 23.7–12)

Los relatos paralelos nos dicen que, llegado este momento, Pilato envió a Jesús a Herodes. Éste, a quien se consideraba rey de los judíos, trató de burlarse de Jesús. Le pidió a Jesús que hiciera un milagro, pero Jesús rehusó seguirle el juego y una vez más guardó absoluto silencio. Así, Herodes lo devolvió a Pilato otra vez.

III. ANTE EL PUEBLO (15.6–15)

A estas alturas, Marcos relata lo siguiente:

Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho. Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás. Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado (vers.^{os} 6–15).

Todos los autores del evangelio nos hablan de Barrabás. Este era un revolucionario sanguinario, un zelote, un insurrecto, un hombre entregado obstinadamente al derrocamiento físico y violento

del gobierno romano. Para Barrabás, acciones como cortarle el pescuezo a un soldado romano, robar o matar no eran nada. Marcos y Lucas dicen abiertamente que Barrabás era homicida.

Era la fiesta de la Pascua, y Pilato tenía la costumbre de soltar un prisionero para aplacar a los judíos durante esos días. Esta era la oportunidad perfecta. Pilato dijo que él dejaría que los judíos escogieran al prisionero que soltaría ese año. «Si les pongo delante de ellos al más vil criminal que pueda encontrar, y dejen que ellos escojan entre esta clase de persona vil y Jesús, no hay duda —pensaba él—, de que escogerán a Jesús y no al otro». Era un método perfecto para hacer que otros cargaran con la responsabilidad. Pilato decidió ofrecerles a Barrabás, un degenerado, «un preso famoso», según palabras de Mateo 27.16, lo peor que pudo encontrar. Le dio a la multitud una opción y dijo, como Mateo lo recoge en Mateo 27: «¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?». La multitud dio grandes voces: «A Barrabás, a Barrabás. Que se lleven a este hombre. Suelta a Barrabás». Luego Pilato les preguntó: «¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?». «¡Crucifícale!», gritaron ellos. «¿Pues qué mal ha hecho?», preguntó Pilato. Pero ellos gritaban aun más: «¡Crucifícale!». Y es en ese momento que se insertan las lastimosas palabras que dicen: «Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuese crucificado».

Durante años, la gente ha considerado misterioso que la multitud que recibió a Jesús, cuando Éste entró en Jerusalén una semana atrás, montando un asno, sea la misma que ahora estaba clamando en su locura: «¡Crucifícale!». ¿A qué se debe el cambio? Puede que la respuesta sea, por lo menos en parte, que la multitud se llevó una decepción con Jesús. En esos días Jerusalén estaba llena de gente a la que Jesús había sanado. Cientos, y tal vez miles, de personas que estaban en Jerusalén para esa semana de la Pascua, habían sido afectadas personalmente por Jesús. Había despertado en ellos la esperanza de que podía ser el Mesías prometido por Dios que había venido a librarlos de la opresión de Roma. Todas las ideas populares acerca del Mesías se centraban en la idea de que el Mesías sería el que los libraría de la odiosa esclavitud de Roma. Cuando vieron a Jesús de pie ante las autoridades romanas, no queriendo ni siendo capaz de presentar defensa, toda la lealtad de ellos se desmoronó. Airados y decepcionados, se volvieron contra Él y escogieron a Barrabás, el homicida. Pilato pareció sincero en la forma como se horrorizó

por esta inesperada situación que se le presentó, pero él tenía que tomar una decisión. Como le gustaba agrandar a los hombres y a las multitudes, cedió a los deseos del pueblo.

¿Cuántos jóvenes han enfrentado decisiones parecidas casi todos los días? Jesús o la multitud. Jesús o el grupo de amigos. Jesús o la pandilla. La multitud dice: «Oh vamos, prueba esto; de veraz que te dará energía, te dará un grandioso viaje. Es divertido. Vamos, sólo esta vez». Y tímidamente aflora la respuesta: «No, no puedo. Soy cristiano». Pero en medio de las burlas, las risas y el ridículo, un poco más tarde ese mismo que así respondió, cede ante la multitud. Me pregunto cuántos adultos como nosotros hemos tenido que hacer elecciones parecidas.

Juan nos dice que una de las amenazas que los judíos se mantuvieron gritándole a Pilato fue esta: «Si a éste sueltas, no eres amigo de César». Ser amigo de César era la posición más codiciada en todo Roma, y Pilato la tenía. Pero Él estaba temeroso de la posibilidad de perderla, sabiendo que estos molestos judíos ya se habían quejado de él dos veces, ante Roma. Luego vino la amenaza directa: «Si sueltas a Jesús, ello será prueba de que no eres leal a César». Su lealtad estaba en entredicho, y esto era asunto serio, porque afectaba su empleo. Para Pilato se convirtió en una elección entre Jesús o su empleo.

Una elección así ya es muy delicada, ¿verdad que sí? A veces en nuestros negocios o profesiones, se nos presenta algo que es contrario a la ética o a los principios cristianos. Decidimos hacer caso omiso de éstos y cedemos. Después, defendemos la decisión, diciendo: «Bueno, después de todo, uno tiene que vivir, ¿cierto?». ¿Quién dijo que uno tiene que vivir? ¿Acaso Jesús vivió? No, Él murió.

La ironía de todo esto es que no muchos años después, nos cuenta la historia secular, los judíos siempre se quejaron de Pilato ante César por otro asunto. Lo desaparecieron. Pilato al final acabó perdiendo no sólo su empleo, sino también su alma. ¿Puede usted hacerle frente a decisiones parecidas?

Mateo nos presenta toda la magnitud del impacto de estos eventos cuando escribe:

Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado (Mateo 27.24–26).

IV. ANTE LOS ROMANOS (15.16–20)

Si usted alguna vez ha leído acerca de lo que los romanos usaban para azotar, entenderá cuán sangrienta y amarga era la experiencia. Ellos usaban largas cuerdas de cuero, que tenían incrustados pequeños trozos de acero y de hueso. Cuanto las correas de aquella cuerda de cuero daban latigazos al cuerpo de la víctima, ellas destrozaban la carne de su espalda, la abrían desgarrándola hasta que se convertía en una masa sangrienta. A veces hasta los ojos de la víctima eran sacados por el azote. Muchos morían por la presión. Otros emergían completamente locos. Eran muy pocos los que podían mantenerse conscientes durante la prueba.

¿Por qué ordenó Pilato este azote, sabiendo que la crucifixión vendría después? Ese fue el último intento de Pilato de salvar a Jesús, de impedir que muriera. Esperaba despertar la compasión de la multitud por medio del azote. Esperaba que cuando la multitud viera el intenso sufrimiento al que había sido sometido Jesús, la compasión de ellos afloraría y dirían: «Pilato, es suficiente; déjalo ir». Juan nos dice que después que fue azotado, Pilato sacó a Jesús ante la multitud y lo presentó ante ellos y dijo: «¡He aquí el hombre!». Pero el intento de Pilato fracasó. Incitada por los principales sacerdotes, la multitud continuó clamando en su locura: ¡Crucifícale, crucifícale!». Después dice Marcos:

Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle (vers.ºs 16–20).

Esta burla fue algo extraño. Por lo general esto no se le hacía a una persona que iba a ser crucificada. Dice Marcos que toda la compañía de soldados se reunió y participó de la burla. Los soldados que no estaban de guardia, los soldados que sólo estaban pasando el rato, se reunieron y participaron de la burla. Pareció espontáneo. Le pusieron la corona tejida de espinas presionándola sobre la frente. Le vistieron con el manto real y se postraron para simular que lo adoraban. Le escupieron. Después, por último, le sacaron para crucificarle. Isaías se

refirió a este trato cuando escribió setecientos años atrás: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53.5).

CONCLUSIÓN

No hay duda de que Barrabás fue uno de los que, más adelante ese mismo día, vio morir a Jesús. Cuando miró al rostro del que colgaba de la cruz del centro, él se dio perfecta cuenta de que Ese estaba muriendo en su lugar. Sabía que la cruz del centro era la suya. Sabía que los clavos que habían atravesado las manos y pies de Jesús eran sus clavos. Sabía que de un modo muy personal ese Jesús de Nazaret estaba muriendo en su lugar.

Al pie de la cruz, estamos usted y yo exactamente en el lugar que estuvo Barrabás. La única esperanza que usted y yo tenemos reside en el hecho de que otro murió en nuestro lugar. De vez en cuando cantamos el siguiente himno:

Hubo Quien estuvo dispuesto a morir en lugar
mío,
Para que un alma tan indigna pudiera vivir;
Y el camino a la cruz que él estuvo dispuesto a
andar,
Para que todos los pecados de mi vida fueran
perdonados.

¡Están clavados en la cruz!
¡Están clavados en la cruz!
Oh, ¡cuánto estuvo Él dispuesto a sufrir!
¡Con cuánta angustia y pérdida,
Jesús fue a la cruz!
Allí Él llevó consigo mis pecados.

Jesús murió para que usted y yo pudiéramos tener el perdón de nuestros pecados, y vivir eternamente con Dios y los redimidos en el cielo. ¿Qué respuesta le ha dado usted a Jesús de Nazaret?

ILUSTRACIÓN

Cultive sus ideas

Una vez que lo felicitaron por ser un gran genio lleno de inventiva, Tomás Edison respondió: «Soy una buena esponja. Absorbo ideas y hago que tengan uso. La mayoría de mis ideas pertenecieron antes a otras personas que no se molestaron en cultivarlas».